

## NACION Y CRISIS

«At all times kings and persons of sovereign authority because of their independency, are in continual jealousies and in the state and posture of gladiators, having their weapons pointing, and their eyes fixed on one another.»

HOBBS: *Leviatán*, cap. XIII.

«Bellum colligit qui discordias seminat.»

SAAVEDRA FAJARDO: Empresa LXXV

**E**L problema de la nación y su crisis, uno de los que han suscitado más bibliografía en los últimos años, es a la vez delicado y complejo. Delicado porque la nación es como una atmósfera que nos rodea sutilmente, y al pensar sobre ella es forzoso que las ideas se viertan mientras respiramos en su recinto inevitable y se dirijan a quienes también respiran en él. La nación es acaso la coordenada histórica que más ha penetrado en nuestra carne —luego intentaremos mostrar hasta qué punto—, y el hablar de su crisis no pasa casi nunca de acusar la incomodidad del momento presente, sin osar afrontar la crisis de la nación en sí misma, como si temiéramos que de quedarnos sin nación habríamos de quedarnos sin nosotros mismos; por tal manera hemos llegado a consustanciarnos con ella. Pensamos la nación desde una conciencia nacional, con la misma fatalidad, al parecer, con que el astrónomo diseña el mapa del Universo desde su observatorio de la Tierra.

Y es complicado el problema, decíamos, porque la nación es un punto donde convergen fuerzas procedentes de los más heterogéneos campos. Las ramas todas de la cultura, el derecho, la política, la economía se cruzan en la nación por tal manera que al ocuparnos de ella siempre corremos el riesgo de que nuestra visión sea excesivamente manca y unilateral; siempre nos dejamos atrás facetas importantes que tendrían pleno derecho a verse in-

cardinadas en el proceso general. No se ha hallado todavía un método de exposición lo suficientemente comprensivo como para poder mostrar en cada momento la infinitud de conexiones recíprocas e interdependientes que inciden sobre un concepto histórico; el día que ello se consiga habráse resuelto el problema de la Historia, y también acaso el de la sociología.

En lo que sigue, conscientes de la magnitud del tema —y sobre todo de lo dicho sobre el tema—, vamos a limitarnos a ofrecer algunas reflexiones históricas y políticas sobre la nación, reservando el estudio más minucioso, sistemático y documentado para un trabajo más extenso que tenemos en preparación.

## I

«Eres un hombre de estos tiempos, concóctete a ti mismo como hombre de estos tiempos; concóctete en el tiempo. Hay épocas en que el hombre dice de sí: Soy *el* hombre, el hombre sin más. Nosotros no vivimos en una de esas épocas. Sabemos de nuestra temporalidad; conocemos nuestra caducidad. Tenemos conciencia de que pasamos para no volver. Ha habido otros hombres y habrá otros hombres. Nosotros constituímos un tipo de hombre, no el hombre todo.» Con estas palabras resume Groethuysen (1) no sólo su propia actitud espiritual de historiador, sino la general disposición del hombre moderno al afrontar la realidad que le rodea.

Suele verse el nacimiento de la ciencia histórica en el movimiento de la Ilustración de la segunda mitad del siglo XVIII; al menos entonces Pierre Bayle, Vico, Voltaire, Bolingbroke... ponen los pilares sobre que se va a edificar todo el ingente edificio de la ciencia histórica moderna. Pero es lo cierto que lo que se ha llamado conciencia histórica, es decir, la finura para percibir el sentido de los procesos temporales humanos y la adscripción del conocimiento histórico a la raíz misma de nuestra personalidad, es algo que nace más lenta y tardíamente. Como se ha observado, un espíritu tan fino y que está tan cerca de nosotros como Goethe carece todavía de ella. En su célebre viaje a Italia, cargado con los prejuicios de la *Aufklärung*, pasa indiferente junto a las ma-

---

(1) *Entstehung der bürgerliche Welt- und Lebensanschauung in Frankreich*, 1927-30; prólogo. (Hay trad. esp., Méjico, 1943.)

ravillas románico-góticas y a la inquietud germinal del primer Renacimiento. Su lastre le impide comprender la repetición y abundancia de motivos religiosos en los monasterios, la vida de los santos, la arrolladora corriente mística que llena de gozo el dolor y la muerte, las violentas pasiones de la época. Del siglo XIII al XVI no ve más que barbarie e ignorancia. Y casi otro tanto le pasa a Enrique Heine (2).

Nosotros hoy, por el contrario, no podemos comprender plenamente una vida, un acontecimiento, un libro o una sinfonía si no los situamos en el transcurrir temporal, si no ponemos a su lado unas fechas que nos los cualifican, pues de otro modo se nos quedarían incompletos y abstractos como una superficie en un espacio de tres dimensiones. En poco más de un siglo se ha producido la transformación y ha nacido uno de los rasgos más característicos de nuestra época. Las causas son muy varias y no es este el momento de detenernos en su estudio, pues en su compleja génesis se ligan los más heterogéneos factores. Cúmplenos aquí subrayar solamente su existencia.

Pues bien, es curioso que hecho de tal calibre como el de la aparición de la conciencia histórica no haya sido debidamente relacionado con el de la división en naciones del mundo occidental. Múltiples veces se ha apuntado su relación, pero acaso no haya sido vista con la suficiente hondura la profunda conexión que existe entre las dos realidades. Dilthey, en su famoso *Sueño*, señala como uno de los factores que más impulsaron el crecimiento de las flamantes ciencias del espíritu el aprecio de las nacionalidades, originado a su vez por el estudio amoroso de la literatura, el arte y las costumbres de los diversos pueblos, que realizó la escuela romántica alemana y que halló su catalizador en la lucha contra el imperialismo napoleónico. No es dudoso que la impresionante labor del neohumanismo germanosuizo (Ritsche, Usener, Bücheler, Burckhardt, Rodhe, Nietzsche, von Ranke, etc.) puede ser vista tanto desde el aspecto de su aportación inmensa a la filología como desde el de su intervención en el logro de la concien-

---

(2) R. CALVO SERER, «En torno al concepto del Renacimiento», *Escorial*, número 20; junio 1942. F. MEINECKE, *El historicismo y su génesis*, trad. española; Méjico, 1943. E. CASSIRER, *Goethe und die geschichtliche Welt* Berlín, 1932. El mismo, *El problema del conocimiento. De la muerte de Hegel a nuestros días*, trad. esp.; Méjico, 1948.

cia nacional alemana. Y lo mismo podríamos decir, en sus respectivos países, de los grandes historiadores europeos: Gibbon, Hume, Guizot, Michelet, etc. No hay, sin embargo, que exagerar las cosas y adscribir a la conciencia nacional de que participaran un sentido de nacionalismo político a ultranza, propio de una época mucho más tardía. Como ha mostrado Huizinga en su postrera obra, Goethe no se podría pensar a sí mismo en un Estado alemán único, y un hombre tan significativo para el nacionalismo alemán como Jacobo Grimm no tuvo en todo momento más que las reacciones de un patriota de Hesse, a pesar del amor apasionado que mostró a la lengua y a las costumbres alemanas (3).

En la trayectoria de los nacionalismos hay que apreciar diversos períodos en el tiempo, diversos conceptos geográficamente distribuidos y diversas capas de la persona afectadas por la realidad: nación (4). Nación no significa lo mismo para Sièyes que para Fichte; para el granadero de Napoleón que para la Polonia de Chopin; para el *pioneer* de Oklahoma que para el hamburgués actual. Tampoco hay que olvidar que ha hablado de nacionalismo en un sentido cultural muy amplio, refiriéndose a los caracteres peculiares de cada pueblo, y en esta dirección podríamos encajar el *Espíritu de las leyes* de Montesquieu, el *Ensayo sobre los caracteres nacionales* de Hume y la *Antropología al modo pragmático* de Kant. También se ha hablado de nacionalismo contraponiéndolo a conciencia nacional: mientras ésta sería el tipo normal el nacionalismo representaría una desviación patológica, exageración malsana de un sentimiento noble en sí mismo. Igualmente, en otro sentido, hubo momentos en que parecían divorciados los términos nación y nacionalismo, y con una clara falta de consecuencia se hablaba de nacionalismo escocés o catalán, sin referirse para nada a la nación escocesa o catalana. Todas estas acepciones, y otras muchas más que serían posibles, nos llevarían a un confuso caos y precisarían de una rigurosa discriminación a no ser por el hecho de que en el pasado que inmediatamente nos precede el concepto

---

(3) *In Banne der Geschichte*, 1944, págs. 194 y sigs. Cit. por ROBERT ARON, *Fédéralisme ou unité en Allemagne*, Paris, 1946; pág. 274.

(4) Sobre la penetración en la persona de la nación como sentimiento de grupo y sus diferentes grados, véanse las indicaciones de W. G. SUMNER, *Folkways*, 3.ª ed.; Boston, 1940, págs. 13 y sigs. Más modernas y extensas las consideraciones de R. M. MACIVER y C.: H. PAGE, *Society*, Londres, 1950 págs. 296 y siguientes. Véase la bibliografía allí recogida.

político de nación ha llegado a imperar por tal manera que ha absorbido todas las otras posibles significaciones del término, unificándolas.

Pese a la ambigüedad y variabilidad constitutivas de los términos políticos, las expresiones *nación* y *Estado* han llegado a hacerse sinónimas, viniendo *nación* a significar la más grande unidad política de Occidente, y ello explica el pequeño número de derivados de la palabra *Estado* y sus equivalentes, habiendo echado la lingüística por el camino, al parecer más fácil, de los derivados de *nación*. El idioma inglés y el francés no forman adjetivos de la palabra *Estado*, aunque en este último se han impuesto en el uso corriente los términos *étatisme* y *étatisation*, más que nada con un matiz administrativo. Entre nosotros el adjetivo *estatal* es todavía una palabra rara reservada a los técnicos, prefiriéndose en el uso corriente y en la legislación el término *nacional*. La Sociedad de Naciones y la Organización de las Naciones Unidas constituyen también notables ejemplos de esta confusión terminológica, impuesta sobre todo en este caso por la mentalidad norteamericana, para la que no hubiese tenido sentido hablar de estas organizaciones como Ligas de Estados, ya que en América se llaman Estados los componentes de la Unión, reservando la palabra *nación* para designar la Unión en su conjunto (5).

Pues bien, este último período de culminación del nacionalismo político, de absoluta identidad entre nación y unidad de organización política, va acompañado de una penetración profunda del nacionalismo en las últimas capas ontológicas del ser humano, y en consecuencia, de una *nacionalización* de todos los contenidos de la cultura. Max Scheler ha podido hablar del influjo del espíritu nacional en el campo de los métodos matemáticos, y sin duda con mucha mayor claridad en el de la filosofía. A las filosofías de los jóvenes pueblos europeos, fuertemente teñidas de mitos nacionales en su contenido, expresadas en la lengua de los países respectivos, pero que no tienden a lo nacional *en cuanto tal*, sino que se sienten animadas de un espíritu cosmopolita y que abarcan todo el jugoso núcleo de la filosofía moderna desde Nico-

---

(5) E. H. CARR, *Conditions of Peace*, trad. esp.; Buenos Aires, 1943. El mismo, *Nationalisme... et après?*, París, 1946, pág. 4. WILLIAM CORHAM RICE, «Nation v. State: Judgment for Nation», *American Journal of Int. Law.*, volumen 44, núm. 1 (enero 1949), págs. 162-163.

lás de Cusa y Descartes hasta Kant inclusive; a estas filosofías, dice Scheler, sucede la filosofía del siglo XIX, no sólo teñida fácticamente de nacionalismo, sino con mucha frecuencia de una *directa intención nacionalista*. Es la filosofía ejemplarmente representada por Fichte y Hegel, en Alemania, y Gioberti y Rosmini, en Italia, que actuó como enérgico fermento sobre la conciencia nacional (6). Y un premio Nobel de Física, Schrödinger, ha podido hablar del condicionamiento nacional, entre otros factores, a que está sujeta la al parecer rígida y fría técnica de la ciencia natural (7). Superfluo sería, por otra parte, hablar del fenómeno en los campos literario y artístico, donde no sólo los libros y las obras de arte, sino la propia historiografía de su desarrollo aparecen intensamente teñidos por el hecho nacional.

Sin embargo, al conjugarse esta realidad absorbente de la nación con la conciencia histórica del hombre moderno se habría de llegar a la conclusión lógica de que aquella es una realidad histórica sujeta a esencial caducidad: como nacida en un momento del tiempo, está destinada a extinguirse en otro. Al traspasarla la Historia queda relativizada, y se cobra la certeza de que es una forma histórica que pasará como han pasado muchas, y como tal vez pasarán muchas más. La nación —se dice— es un concepto histórico, y ello se esgrime incluso como consoladora arma de combate cuando es la guerra y su consecuencia ansia de paz quienes ponen sobre el tapete la crisis del concepto. Pero lo que no se ha solido ver con tanta claridad es la otra cara del problema, a saber: no sólo es la nación un concepto histórico, sino que la Historia es un concepto nacional. O para decirlo con más precisión, la conciencia histórica moderna es una conciencia histórica nacional, como también lo es —y a veces exageradamente— la historiografía que le ha servido de base. El despertar de la conciencia histórica se puso inmediatamente al servicio de la conciencia nacional. La historiografía hecha desde el punto de vista nacional ha sido, sin duda, el principal elemento en la formación de los nacionalismos. Los libros de Historia han sido un arma de propaganda en manos de cada Estado nacional, y su acción fué tanto más poderosa cuanto que en gran parte pasaba inadvertida.

---

(6) *Sociología del saber*, trad. esp.; Madrid, 1935, pág. 95.

(7) «¿Está la ciencia natural condicionada por el medio?», *Rev. de Occidente*, tomo XXXVIII (1932), págs. 125-169.

Arnold J. Toynbee, en un libro de mundial resonancia (8), se ha hecho cuestión de la mentalidad dominante en los historiadores de la última época y de su unilateralidad característica. Vamos a exponer aquí someramente sólo el aspecto crítico de la obra de Toynbee, en lo que se refiere al tecnicismo del trabajo del historiador, dejando de lado la parte constructiva de la obra, inacabada, muy compleja y lindante en más de un sentido con el parcelamiento cultural relativista de Spengler. Cree Toynbee que el historiador occidental ha venido trabajando sumergido bajo una doble capa de influencias: el sistema de división del trabajo propio del capitalismo industrial y la idea del Estado nacional parlamentario. El primero ha llevado al más feroz especialismo; cada historiador trabaja por su lado, sin hacerse cuestión de la real importancia de la zona o época estudiadas para el despliegue total de la historia universal. Así como el capitán de industria encuentra valiosa por sí misma la actividad que desarrolla recursos naturales, sin importarle gran cosa el valor de las necesidades que satisface, así el historiador dedica su actividad a la investigación de las culturas de que han quedado más testimonios sin pararse a pensar su verdadera importancia en relación con otras más influyentes, pero en las cuales la escasez de documentación hace la *manufactura de datos* menos productiva. A la caída de Alejandro se formó, por un lado, la monarquía seleucida, y por otro el reino egipcio de los Ptolomeos; en su perspectiva histórica la primera es sin duda mucho más importante, ya que sirvió de enlace entre las culturas helénica y siríaca, dió nacimiento a un principio de convivencia humana que pudo superar la ciudad-estado, y que fué prototipo del Imperio romano, y en su seno surgieron el cristianismo, el maniqueísmo y el Islam. Durante varios siglos la monarquía seleucida fué el más amplio campo de actividad creadora humana que existió en el mundo. Pues bien, ha bastado el hecho azaroso de que la cálida y seca arena del suelo egipcio haya conservado hasta nuestros días gran cantidad de papiros para que el tipo de *historiadores industriales* haya reconstruido minuciosamente la vida del Egipto primitivo, abandonando en una nebulosa oscuridad la otra zona histórica.

---

(8) *A Study of History*, Oxford, 1934. De los primeros seis volúmenes, únicos publicados que sepamos, existen ya varias ediciones. Cito según la reimpresión (1939) de la segunda edición, de 1935.

Por otro lado, el nacionalismo influyó sobre los historiadores con especial fuerza, porque les ofrecía cierta posibilidad de conciliar el ansia humana de unidad con la división del trabajo, implicada por la aplicación del sistema industrial a su tarea. Construir una historia universal sobre los principios de la especialización técnica estaría materialmente más allá de las fuerzas del mejor dotado. Si se quería conciliar la unidad de visión que por lo menos en ciertos límites exige la Historia con el especialismo, era preciso recurrir a un principio de división, que fué el que había de suministrar el espíritu nacional. A más de ello los materiales se solían presentar en gran escala como depósitos nacionales; las más ricas fuentes de trabajo fueron los archivos públicos de los Gobiernos occidentales, que se presentaban como filones prestos a una explotación intensivamente productiva. Como ejemplo típico de esta manera de hacer la Historia presenta Toynbee el libro de Camille Jullian sobre los orígenes históricos de Francia «*De la Gaulte à la France: Nos origenes historiques*, 1922), señalando desde luego que se trata de una obra excepcional por su calidad. Sin embargo, leyéndola se puede apreciar constantemente que el autor es no sólo un historiador, sino un francés, y aun un francés que vivió la primera guerra mundial. En todo momento Jullian proyecta hacia atrás en el pasado la conciencia de Francia tal como existe para él en la actualidad, es decir, una Francia espiritual que lo nutre tan exhaustivamente que, de haber perecido el resto del mundo y quedado sólo Francia, M. Jullian no hubiera sentido el menor empobrecimiento de su espíritu, y una Francia material con fronteras netamente trazadas, que han sido constantemente violadas por los invasores y constantemente restablecidas por el patriotismo de la nación francesa. La autosuficiencia de Francia y su separabilidad del resto del mundo son ideas que dominan la imaginación de Jullian, aun cuando se ocupa de la historia de ese trozo de territorio cientos o miles de años antes de que existiese la idea de Francia. Por muy remoto que sea el pasado que atraviase lleva a Francia consigo, contento si puede hacerlo con facilidad, embarazado en otro caso, pero siempre incapaz de dejarse a Francia atrás. Y todavía, cuando la historia moderna occidental se hace desde el punto de vista francés, con Francia en el centro y todo lo demás en la periferia, la distorsión no es muy aparente, porque acaso Francia esté más cerca que ningún otro Estado nacional de ser el centro del desarrollo



homogéneo de todo nuestro mundo. Pero si en lugar de con Francia lo hiciésemos desde el punto de vista noruego, portugués o suizo, la deformación sería más patente. Y como *reductio ad absurdum*, podemos imaginarnos la historia de Occidente escrita desde el punto de vista de uno de aquellos Estados nacionales creados a la terminación de la guerra de 1914-18. Ello implicaría escribir la historia de una cultura que lleva existiendo más de veinte siglos alrededor de una nación cuya existencia no está todavía seguramente establecida. El absurdo se acentúa si se tiene en cuenta no sólo la edad de la nación, sino también la población y la extensión territorial relativas (9). Por todas estas razones Toynbee cree que hay que ampliar el ángulo de visión para hacer la historia de Occidente. Incluso con referencia a lo que llama caso ejemplar de la Gran Bretaña (*The test case of Great Britain*), que por su aislamiento geográfico ha sido en realidad un *alter orbis* para el resto de Europa, estima que no es posible en absoluto comprender la historia inglesa sin una *proporcionada* referencia a las otras historias nacionales y viceversa. Ninguno de los hechos decisivos de la historia británica ha sido nunca específicamente inglés, sino europeo (10).

Abandonando ya esta larga cita del pensador inglés podemos concluir nosotros que la nacionalización de la ciencia histórica al uso implica —aunque se estime verdadera ciencia y no puro afán tendencioso al servicio de fines determinados—, por lo menos, dos limitaciones esenciales: primera, una desproporción manifiesta en lo que se refiere a la extensión e importancia concedidas a los hechos propios y ajenos; como se quiere hacer una historia nacional es lógico que se resalten minúsculos hechos propios y se releguen como irrelevantes acontecimientos universales de gran porte, pero no directamente relacionados con la historia de cada comunidad nacional; segunda, como consecuencia, este punto de partida lleva a la conclusión irremediable de exaltar a lo absoluto la cultura nacional, haciendo de ella una *cultura hongo*, sin raíces y sin conexiones, perdiendo el sentido de la proporción y

---

(9) Esta deformación nacional de la Historia fué muy bien vista, *servata distantia*, por FELIÓ. Vid. el discurso décimo del tomo II de su *Teatro Crítico Universal*, párrafo IV.

(10) TOYNBEE, op. cit., *Introduction*, págs. 17 y sigs.; págs. 211 y siguientes del tomo I.

del adecuado encaje en el total panorama histórico de la época. Y no se olvide que cuando se hace historia universal se hace por algún nacional de cualquier país o por nacionales de los diversos países, lo cual no implica sino arrastrar aquellas limitaciones a campo más amplio.

Si a ello se añade la natural tendencia de los autores a justificar el papel histórico de su propia nación, que sobre todo en los libros elementales adquiere por su esquematismo una gran fuerza, y se añade también que la Historia que se ha escrito en Europa desde la aparición del Estado moderno es fundamentalmente historia política y no historia de la cultura, fácil será comprender la singular situación a que se llega. Mientras se habla incesantemente de paz, acuerdo entre las naciones y de organizaciones supranacionales, cada maestro en su escuela primaria va deformando la conciencia histórica de sus alumnos con esta visión desproporcionada del acontecer temporal de la Humanidad. La visión así parcelada del panorama histórico, nos induciría a pensar en un irremediable y a veces inconsciente antagonismo que formase como el sustrato de toda la convivencia universal, alerta siempre ante la guerra en potencia.

Un ejemplo casi de laboratorio de ese subsuelo polémico que hay debajo de la utilización de la conciencia histórica para la formación del espíritu nacional, nos lo ofrece un pueblo tradicionalmente pacífico: los Estados Unidos de América. Cuando actualmente se enjuicia su historia suele incurrirse en un error de perspectiva evidente y curioso. La unificación presente aparece tan completa y lograda que es hasta difícil pensar que sus Estados conserven, al menos *de iure*, la mayoría de las funciones gubernamentales. Claro está que el historiador no puede pasar por alto las dificultades que hubo que vencer para llegar a esta situación, pero aquí comienza ya la característica de formación.

En todos los manuales de Historia el lapso comprendido entre la revolución y la entrada en vigor de la Constitución de 1787 se viene denominando *Critical period*, exagerando incluso muchas veces el desorden y descontento que reinaban bajo los artículos de la Confederación. Pero en lugar de sacar la consecuencia de que el espíritu nacional no había nacido todavía, utilizan este inquieto período crítico para probar que el país, entonces desunido, estaba en un estado *contra natura* y que padecía por la interrupción temporal de sus relaciones normales. O sea se atribuye a la pobla-

ción americana de antes de 1787 la misma actitud que expresaría actualmente si la Unión llegara a disolverse. A los historiadores americanos les ocurre como al personaje de la comedia al irse a la guerra de los Treinta Años. Y pueden calcularse los enormes efectos de esta deformación cuando pasa del campo histórico a la prensa, a la novela y al cine.

Los supuestos que se movilizan para llegar a este resultado son varios. En primer lugar, como la historia de la Unión es más joven que la de los Estados particulares, se recurre al expediente de retrotraer los orígenes de entrambos a un período muy anterior. La tradición del descubrimiento de América por los normandos, transmitido por las sagas nórdicas, se acepta en las obras científicas como una casi certeza, y el relato de sus correrías ocupa siempre un capítulo en los manuales elementales. Desde este punto de partida se erige una historia de síntesis, en que no son los detalles menos importantes los que se desvanecen, sino aquellos que interesaban a la crónica local de cada Estado particular. No se narran más que los acontecimientos comunes a todos los Estados o a las relaciones entre ellos, uniéndolos así retrospectivamente. Lo que en un principio pudo concebirse como historia comparada de los Estados ha pasado a ser historia nacional, y hoy sería tan difícil enseñar a los estudiantes norteamericanos la historia de cada uno de los diferentes Estados como enseñar a los españoles la historia de cada una de las regiones.

Este curioso proceso se vió singularmente reforzado y explotado en la guerra de Secesión. Defensor de una unidad, que le iba a ser muy provechosa, el Norte vencedor impuso autoritariamente al Sur vencido la misma condenación que los vencedores de todas las guerras. Pero tuvo que renunciar a justificar moralmente esta condenación a medida que detrás de las causas inmediatas de la secesión fueron apareciendo otras más lejanas. Desde el momento en que se comenzó a reconocer que el proteccionismo del Norte tanto como la esclavitud del Sur habían hecho la unión intolerable, y que eran casi únicamente razones económicas las que habían impuesto al Norte su actitud abolicionista, que nada en la Constitución autorizaba a adoptar, hubo de recurrirse a justificaciones históricas y patrióticas. Para que los Estados del Sur apareciesen suficientemente reprobables era preciso que los Estados Unidos hubiesen sido desde siempre una nación; describir su historia como una evolución desde la anarquía a la organización

política era destruir la causa del Norte. Los historiadores oficiales se esforzaron en poner en claro, si no por los textos constitucionales al menos por los antecedentes históricos, que la federación imperada por el Norte no había usurpado poderes jamás. La teoría surista de las libertades de los Estados era falsa; no tenían ni el derecho de retirarse de la federación ni el de proclamarse jueces de los pretendidos excesos de poder. No habrían sido, en efecto, Estados soberanos sometidos voluntariamente a una norma, de la que hubieran fijado los límites y para los que la sublevación hubiera sido moral y jurídicamente un deber al excederse aquéllos. La Constitución se elaboró por encima de sus cabezas, por un pueblo que existía antes que ellos. Ninguno de los Estados habría sido plenamente soberano e independiente: la Constitución federal sucedió a los artículos de la Confederación, éstos al Congreso continental y el Congreso continental a la dominación inglesa. Por consiguiente, cuando la Constitución habla del pueblo de los Estados Unidos no se refiere individualmente al pueblo de cada uno de los Estados, que no habrían sido nunca más que entidades administrativas, sino al conjunto del pueblo americano, que habría formado una nación desde la fundación de las colonias y podía recuperar de los Estados los poderes que les había conferido. Admitir otra verdad histórica era justificar la secesión de los Estados vencidos; el Norte se abstuvo de ello, y el Sur, arruinado por la guerra y la reconstrucción, tuvo otras cosas que hacer que producir historiadores para justificarse (11). Hasta fecha reciente no se ha hecho el intento de rehabilitar a los suristas, intento que ha debido romper con la interpretación mesiánica y heroica de la historia constitucional americana para apoyarse en una interpretación económica y realista. En este sentido abrieron camino los dos libros clásicos de Charles Beard: *An Economic Interpretation of the Constitution* (1913) y *Economic Origins of Jeffersonian Democracy* (1915). En los últimos días se ha llegado incluso a supervalorar el arte, la literatura y las formas de vida de los Estados del Sur anteriores a la guerra, como más aristocráticos y refinados que los del Norte; pero ello se hace sólo desde una conciencia nacional que se estima ya suficientemente firme

---

(11) Véase una detallada exposición de este tema en el excelente libro de JACQUES LAMBERT, *Histoire constitutionnelle de l'Union Américaine*, vol. I; París, 1930.

y subrayando tales características como un rasgo valioso más entre los que forman el espíritu nacional, que ahora se esgrime ya frente a los demás grupos nacionales extraños (12).

Cuando la idea nacional se opone a las fuerzas internas que pudieran desintegrar la unidad propuesta, lleva consigo una actitud polémica potencial frente a otras unidades análogas situadas en el exterior. La dialéctica *ad intra* es sólo un medio para preparar la dialéctica *ad extra*. La división clásica de la soberanía en los dos aspectos no es sino un reflejo de esta realidad, y el subsuelo espiritual que soporta esta actitud es el mismo sobre que se apoya el principio del *balance of powers* y el mismo que soporta al fin y a la postre la división de poderes dentro de un mismo Estado, y el sistema llamado de *checks and balances*. Detrás de todos estos conceptos está la idea de equilibrio, y el equilibrio es por definición neutralización de fuerzas.

La política no debe ser nunca disyunción, lucha, dominio violento; pero la triste y pavorosa realidad es que la más constitutiva raíz del hombre moderno, su conciencia histórica, está de tal modo deformada por la idea nacional que en la más profunda capa de la persona vibra con calidades casi ontológicas el germinal esbozo de la dialéctica y el antagonismo. La pasada guerra ha sacado a la superficie los más turbios posos de esta situación. Por un lado, la aparición del colaboracionismo o *quislingismo*, no como casos aislados de traición conocidos en todas las guerras, sino cualitativamente definido por su cantidad y su relativa normalidad, ha sido interpretada como una pérdida de la moral nacional, lo cual tiene un feo aspecto, porque aún no existe otra moral que pueda sustituirla (13). Por otro lado, la violenta y sistemática reacción contra el colaboracionismo, así como el deliberado carácter nacionalista de las Constituciones de la postguerra, significan un refuerzo en cierto modo artificial del viejo criterio, que necesitaba afirmarse a sí mismo en la lucha contra algo o alguien. Los dos aspectos por igual son síntomas claros de una crisis cuyo desenlace es imprevisible.

---

(12) Otro ejemplo de este tipo, la historiografía catalanista; verbigracia, la de ROVIRA VIRGILI. Véase la *Introducción* de MENÉNDEZ PIDAL (pág. LXIII) a la *Historia de España*, dirigida por él y editada por Espasa-Calpe.

(13) J. MARIAS, *Introducción a la Filosofía*, Madrid, 1947, págs. 47-50.

## II

Habr  de pasar mucho tiempo hasta que pueda verse con la adecuada perspectiva el efecto que en la teoría del Estado y en la teoría de la Constitución ha producido el concepto de nación. Nosotros, a quienes nos está vedada la profecía, vamos a limitarnos a mostrar la condicionalidad nacional de algunos importantes conceptos de la ciencia política.

Por de pronto se acepta universalmente la nación como tipo de unidad de organización política. Y bajo el imperio de este hecho indiscutible ha sido elaborado a lo largo de una etapa de más de siglo y medio todo el acervo científico moderno, todo el arsenal de instrumentos conceptuales en que necesariamente hemos de movernos hoy. En su fase actual también la sociología nace de determinadas circunstancias nacionales y pervive en elaboraciones estrictamente nacionales; muchas veces la pertenencia a un círculo nacional es un rasgo que a la hora de catalogar posiciones prima sobre el de la adscripción a una escuela o tendencia. Sabido es cómo las exposiciones de sociología al uso recurren en último extremo a un retículo nacional para enmarcar a los autores.

Pero sin desdeñar la importancia de estas realidades, nos parece aún más grave el hecho de que los más entrañables conceptos de la ciencia política contemporánea están directamente animados de una intención, no ya nacional, sino nacionalista. Es decir, no se limitan a desenvolverse pasivamente en una parcela —cultural y política— nacional, sino que son activamente utilizados para producir una unidad nacional polémica. No se limitan a nacer en el seno de una nación organizada políticamente, sino que son elementos constitutivos de tal organización. Detengámonos en algunos de los más importantes.

Es sobremanera curioso que en la idea omnipresente de soberanía nacional que la Revolución francesa instaure en el continente haya preocupado siempre más el aspecto de *soberanía* que el de *nacional*. El éxito de los revolucionarios al implantar la idea nacional fué tan fulminante que hoy, con plena conciencia de la situación que los precedía, nos llama poderosamente la atención. El siglo XVIII, en efecto, fué profundamente cosmopolita: Voltaire y Montesquieu, Herder y Goethe, Hume y Gibbon fueron «buenos europeos» que se movían libremente de país a país, ciudada-

nos de una invisible República que comprendía los caballeros y hombres de letras de todo el continente. Las modas francesas eran cuidadosamente seguidas de Madrid a Moscú, las costumbres inglesas se imitaban en París y el más grande estadista prusiano de la época empleó sus mejores ocios en escribir versos franceses (14). La lealtad del hombre se debía al principio o a la localidad; el término *nación* era de poco uso y no coincidía exactamente con el sentido que había de tener después. En Francia, se ha dicho, *pays* fué más fundamental que *patrie*. El francés se pensaba a sí mismo como gascón, normando, borgoñés o provenzal; el regionalismo era muy intenso. En la misma Inglaterra era general el recelo hacia el escocés. Y si esto ocurría en países que venían viviendo políticamente unificados desde muchos siglos atrás hay que suponer la debilidad del sentimiento nacional en Alemania, Italia y los pueblos cristianos de los Balcanes. Los alemanes e italianos pertenecían a una ciudad o a una región: eran venecianos o florentinos, sajones o suabos. *Vaterland* era el Estado propio, las otras partes de Alemania se llamaban *Ausland*. Lessing, Goethe y Schiller llegaron a estimar el patriotismo como un signo de barbarie del que había que deshacerse.

Y bruscamente todo cambia a partir de la Revolución con un efecto mágico. La doctrina de la soberanía nacional transfiere a la nación la sumisión que primitivamente estaba dirigida hacia el rey. La abolición de las distinciones de estamentos y de los títulos de nobleza, la nivelación de todos los individuos en el general carácter de ciudadanos, la difusión de la idea de fraternidad laica y el sentimiento de que *doquiera el pueblo* haría causa común contra los tiranos, todo contribuye a crear una nueva conciencia. La supresión por la Asamblea Nacional de las viejas provincias históricas de Francia (Bretaña, Normandía, Borgoña, Champaña, etc.), la anexión de Aviñón, la erección del Altar de la Patria en el Campo de Marte y la invención de la bandera tri-

---

(14) Sobre los sentimientos de Federico II hacia Francia y hacia Alemania véase el interesante capítulo VI de la primera parte de *De l'Allemagne*, de Madame STAEL. Por lo demás, aquí hay otro fenómeno: la sucesión del latín por el francés como lengua universal. Y en general como cultura universal desde Luis XIV hasta Napoleón. Véase el libro de LOUIS REAU que lleva el significativo título de *L'Europe française au Siècle des Lumières* (París, 1938), especialmente por lo que se refiere al idioma, págs. 11-73.

color son actos dirigidos al mismo fin que logran singular resonancia (15). ¿Qué ha ocurrido?

Visto el proceso por el lado ideológico y constitucional, la evolución es muy característica. La soberanía —se dice en la Constitución de 1791, con una fórmula que ha llegado hasta los franceses de nuestros días— pertenece esencialmente a la nación, y ninguna parte de ella podrá atribuirse su ejercicio. En principio pareció entenderse con Rousseau que la nación era la suma de los nacionales, en una interpretación individualista. Pero pronto se fué imponiendo el criterio orgánico, y para la sutil doctrina francesa «la palabra nación denomina no ya una masa de individuos, sino la colectividad organizada de los nacionales en cuanto esa colectividad se halla constituida, por el mismo hecho de su organización, en una unidad indivisible. En este sentido jurídico la nación no es ya solamente uno de los elementos constitutivos del Estado, sino que es por excelencia el elemento constitutivo del Estado en cuanto se identifica con él» (16).

El proceso que conduce a este resultado ha sido visto múltiples veces. Existía un monarca absoluto imperando sobre unos súbditos; cuando comenzó a combatirse la soberanía del rey se estimó que lo más práctico que podía hacerse era sustituirlo; debía, pues, hallarse otra persona que colocar en lugar del rey. «Había una persona soberana, que era el monarca —dice Barthelémy—; era preciso encontrar otra persona soberana que esgrimir contra él. Entonces los hombres de la Revolución la encontraron en la persona moral de la nación. Se tomó la corona del rey y se la colocó sobre la cabeza de la nación» (17).

La Revolución ligó nación y Estado en una unidad indisoluble. La Francia del *ancien régime* era un conjunto de territorios históricos unidos sólo en la persona del rey. Luis XIV usó la voz *nación*, designando con ella un conjunto de hombres nacidos súbditos del rey de Francia, sin pensar ni por un momento que pudiesen formar un cuerpo por sí mismos y aparte de él. «La nación

---

(15) J. J. SAUNDERS, *The Age of Revolution. The rise and decline of liberalism in Europa since 1815*, Nueva York, 1949, págs. 117 y sigs.

(16) CARRÉ DE MALBERG, *Teoría general del Estado*, trad. esp.; Méjico, 1948, pág. 22, nota.

(17) J. BARTHELÉMY, *Précis de Droit Constitutionnel*, 1936, pág. 63. A. HEINING, *Nation und Rechtslehre in Frankreich*, Darmstadt, 1941, págs. 36 y siguientes.



no forma cuerpo en Francia, reside toda entera en mi persona.» Y Luis XV, al dirigirse en 3 de marzo de 1766 al Parlamento de París: «Es en mi persona donde reside la autoridad soberana... Mi pueblo es uno conmigo. Los derechos e intereses de la nación, de la que se pretende hacer un cuerpo separado del monarca, están necesariamente unidos con los míos y no existen sino entre mis manos» (18).

Frente a esta concepción se erige la nación organizada, que ostenta la soberanía. No se trataba sólo de afirmar una posición, sino de contraponerla a otra preexistente, y por este origen polémico se explica que al hablar los franceses de soberanía nacional les interesara más subrayar el aspecto negativo de que ya no se trataba de la soberanía del rey que el ver positivamente que era, en efecto, la nación. Incluso si parodiando el famoso opúsculo de Sièyes nos preguntamos: *Qu'est-ce-que la nation?*, la respuesta vendrá también por el lado negativo y dialéctico. Las clases privilegiadas de antaño quedan fuera de la nación por arriba, y el triunfante tercer Estado burgués impondrá hacia abajo el régimen censitario de las primeras Constituciones. Sin embargo, por encima de tales secesiones ha de campear la nación como un concepto de unidad indiscutible. Precisamente para no amenazar tal unidad deben desaparecer todas las antiguas divisiones de estamentos y rangos. «Nunca un Estado dividido en Estados tendrá nada de común con una nación», dirá Sièyes. La unidad nacional es tan fuerte que se nos da hecha y está por encima de toda discusión. *La nation existe avant tous, elle est l'origine de tout, sa volonté est toujours légale, car elle est la loi elle-même* (19). Pero no sólo se afirma la unidad hacia el interior, sino que la oposición de fuera contribuyó extraordinariamente a acentuar el carácter dialéctico del proceso. Al comenzar la guerra —defensiva primero, decididamente ofensiva después— contra las monarquías europeas, *La Marselesesa*, el primer gran himno nacional, se apresuró a cantar a todos los franceses como *enfants de la Patrie*. Francia llegó a ser una *nación en armas*, como se encargaron de proclamar los oradores revolucionarios; su misión era «ayudar a todos los pueblos que luchaban contra la opresión», y por una curiosa ironía del destino el nacimiento del nacionalismo francés vino a coincidir

(18) HINING, op. cit., págs. 32-33.

(19) Idem, pág. 35.

con el reparto de Polonia por las tres grandes potencias orientales. Este acontecimiento suministró a los revolucionarios un tema inagotable para denunciar la maldad de los reyes en apasionadas arengas sobre el sagrado derecho de las naciones. Por su parte, este reparto fué el que dió al pueblo polaco su conciencia nacional; como se ha dicho, Polonia nunca se pensó a sí misma como una nación hasta que dejó de existir como un Estado.

Con la era napoleónica comienza a percibirse el sentido positivo de la nación. La soberanía de la nación da origen entonces a una forma personal de gobierno de un nuevo carácter. Los poderes del Emperador son infinitamente más grandes que los de un rey del siglo XVIII, porque no se trata ya de un monarca que reina sobre un país, sino del *agente* independiente de una nación. La persona del emperador aparece como ejecutora de la voluntad de la nación. Se inicia entonces una línea que más tarde va a ser explotada con éxito, con diversos matices, por Napoleón III y por los regímenes totalitarios de nuestra época.

Recientemente Bertrand de Jouvenel (20) ha hecho el intento de considerar el poder político desde el punto de vista de los medios sociales de que puede disponer en cada momento, cuestión que se liga íntimamente con la de la cantidad de obediencia que pueda lograr. Entrambas variables, mensurables en principio, nos darán el *quantum* del poder. El estudio de las variaciones sucesivas de este *quantum* sería una historia del poder desde el punto de vista de su extensión, a diferencia del ángulo ordinario, que ve el poder en relación con sus formas. Por esta vía Jouvenel muestra cómo podría trazarse una curva de incesante crecimiento y cómo las democracias nacionales ejercen el poder en una extensión que ningún rey absoluto pudo soñar jamás.

Pues bien, aplicando a nuestro tema este criterio observamos que desde fines de la Edad Media, y en especial a partir del momento en que los monarcas dispusieron de fuentes regulares de ingresos, el número de hombres armados que intervenían en las campañas fué siempre creciendo. En las vísperas mismas de la Revolución Luis XVI disponía de 180.000 soldados; el rey de Prusia, de 190.000, y el emperador de 240.000. Montesquieu, con su clarividencia habitual, gritó contra este proceso: «Pronto a

---

(20) *Du Pouvoir. Histoire naturelle de sa croissance*, Ginebra, 1947, páginas 29 y sigs.

fuerza de tener soldados no tendremos más que soldados, y seremos como los tártaros. Para ello no será preciso sino extender la nueva invención de las milicias y conducir las a los mismos excesos de las tropas regulares» (21). Pero tal paso no podía darlo la monarquía absoluta; hubieron de darlo las flamantes democracias nacionales. Louvois había osado crear regimientos territoriales, destinados en principio a guarnecer las localidades que estaban obligadas a suministrarles sus efectivos. Algo parecido, aunque más eficaz, se intentó hacer en Prusia con las Ordenanzas de 1733. Pero en uno y otro lugar se manifestó la más viva resistencia cuando se trató de utilizar tales regimientos locales como base para la creación de cuerpos más activos y expedicionarios. Más aún que la carga material del impuesto exasperaba a las poblaciones el comienzo de estas obligaciones militares, que fueron esgrimidas más de una vez como agravio frente a los príncipes. Napoleón, sin embargo, ya no encontró estas resistencias: lo pedía la nación, y el hombre absolutamente fungible, el ciudadano, no podía negarse a ser soldado. Apasionadamente lo dijo Hipólito Taine: «Después de la victoria y la paz, el servicio militar obligatorio llegó a ser permanente y definitivo; después de los tratados de Lunéville y de Amiens, Napoleón lo mantuvo en Francia; después de los tratados de París y de Viena, el Gobierno prusiano lo mantuvo en Prusia. De guerra en guerra la institución ha crecido, como una epidemia se ha propagado de Estado a Estado; hoy ha ganado toda la Europa continental y reina con su compañero natural, que siempre la precede o la sigue; con su hermano gemelo: el sufragio universal..., siendo entre los dos los conductores ciegos y formidables de la Historia futura: el uno poniendo en las manos de cada adulto una papeleta de voto y colocando el otro una mochila sobre las espaldas de cada adulto» (22).

---

(21) *Esprit des Lois*, lib. XIII, cap. XVIII. Los datos están tomados de JOUVENEL, *op. cit.*

(22) *Les origines de la France contemporaine*, cit. por JOUVENEL. La estrechecedora relación entre guerra y política en el período de los nacionalismos se percibe con toda su crudeza leyendo las páginas (mucho mejores de lo que suele suponerse) de nuestros clásicos militares del XIX. Así, la *Guía del oficial en campaña* (1868), el *Diccionario militar* (1869), la *Bibliografía militar* (1876) y el *Bosquejo de la historia militar de España* (1923), de ALMIRANTE;

Se viene considerando que 1815 significa acaso el punto más alto de madurez logrado por Europa en cuanto tal Europa. Y lo es en tanto significa un retroceso, de poca duración, con respecto a los principios nacionales desencadenados por la Revolución. El Congreso de Viena es todavía una cortés reunión de príncipes, no de representantes de naciones, y la Santa Alianza un lazo expreso entre dos emperadores y un rey. La consigna de 1815 fué la restauración del *status quo ante*. Por lo demás, las pretensiones nacionales no ofrecían todavía graves problemas. El nacionalismo italiano apenas había nacido, como hubo de mostrar el fracaso del desesperado llamamiento de Murat. Ni habían surgido todavía especiales sentimientos de raza en los pueblos integrados en el gran Imperio de los Habsburgos. El más difícil problema lo planteaba Polonia, y hubo de resolverse por una delicada vía media, contando con la amable transigencia del zar, un autócrata con ideas liberales. El sistema de intervenciones hizo retroceder donde fué preciso los principios de la democracia nacional. Fernando VII abolió nuestra Constitución de Cádiz, Prusia se quedó sin la Constitución que le había prometido Federico Guillermo IV y en Francia la Carta hubo de sufrir el embate durísimo de los emigrados, descosos de venganza, aunque Luis XVIII hizo lo que pudo por apaciguarlos.

La ardua tarea de mantener esta situación correspondió a Metternich, que supo impedir el fraccionamiento de Europa manteniéndola en paz cerca de cuarenta años y permitiéndola recuperarse de las guerras que la habían devastado durante un cuarto de siglo. Sin embargo, él, que fué «primer ministro de Europa» hasta la revolución de 1848, tenía plena conciencia de las fuerzas que corrían bajo la tersa superficie. Nadie diagnosticó más claramente las condiciones de su tiempo, y siempre vió con certeza que le tocaba vivir en un momento de transición. Su misión fué retrasar en lo posible la convulsión que fatalmente había de producirse.

En efecto, el nacionalismo, que venía fermentando oscuramente, entró en violenta ebullición en 1848. Los italianos se levantaron desde los Alpes al Mediterráneo, arrastrando consigo a sus gobernantes. Los magiars proclamaron su independencia. Los che-

---

todas publicadas mucho después de escritas y la última al cumplirse el centenario del nacimiento del autor. O las *Nociones de arte militar* (1865) y *Napoleón III y la Academia de Ciencias* (1864), del comandante VILLAMARTÍN.

cos establecieron un Gobierno en Praga. Los liberales alemanes convocaron un Parlamento nacional en Franckfort para discutir la creación de un imperio único. Sólo los polacos, atemorizados aún por el castigo de 1831, permanecieron quietos. Aunque la revolución del 48 fracasó en lo que se refiere al aspecto militar de las sublevaciones, lanzó, sin embargo, a Europa por el plano inclinado de los nacionalismos. Poco a poco se irían tocando las consecuencias. Puesto en marcha el principio nacionalista, era imposible prever dónde se detendría. Hay un creciente proceso de inflación nacionalista que llega hasta nuestros días e incluso se acentúa después de la última guerra, aunque ya percibimos la artificialidad del intento y está cruzado el campo de las naciones por meridianos de otra significación. En 1871, después de la unificación completa de Alemania e Italia, había en Europa 14 naciones organizadas políticamente; en 1914, 20; en 1924, 26. En menos de cincuenta años casi se dobló el número de Estados europeos independientes. El parcelamiento culminó al terminar la primera guerra mundial, por obra del principio político de la autodeterminación nacional: cualquier nación que se estimase como tal tenía derecho a erigirse en Estado independiente. Así, el movimiento que desmembró Austria-Hungría y creó Yugoslavia y Checoslovaquia fué inmediatamente seguido por los movimientos que desmembraron —con análogo derecho— Yugoslavia y Checoslovaquia. Desde 1918 el principio fué generosamente utilizado por el mundo árabe, por la India, por el Extremo Oriente... Hoy existen en Europa más de 20, y en el mundo más de 60 unidades políticas independientes (23). Como contrapartida, al fin de las guerras napoleónicas había en el continente 3.000.000 de hombres sobre las armas. La guerra de 1914-18 costó, entre muertos y heridos, cinco veces más. De la segunda guerra mundial es preferible no dar cifras.

En este ambiente de nacionalismo exaltado suena a paradoja, con falsos tonos bíblicos, el llamamiento a los proletarios de todos los países del Manifiesto Comunista de Marx y Engels. Sin embargo, sobre ser un reconocimiento del fraccionamiento nacional que el marxismo ortodoxo de la primera hora no quería aceptar, pronto se iba a ver —pese a los éxitos momentáneos— la inanidad de esta idea en lo que se refiere a la superación de las fronteras. La

---

(23) CARR, *Nationalisme... et après?*, págs. 29 y sigs.

prueba de fuego de la guerra fué mostrando el fracaso de las sucesivas Internacionales; el socialismo se nacionaliza, y acaso hoy más que nunca el comunismo —en lo que aún le queda de marxista, de lucha de clases y de dictadura del proletariado— sea la máscara que encubra un violento imperialismo de tipo nacional.

Diríase que en el fondo de este proceso de creciente *nacionalización* de Europa, que va acompañado de un extraordinario crecimiento del *quantum* de poder, está latiendo la actitud espiritual antagónica y potencialmente bélica que señalábamos al principio. Movidos inmediatamente por otros resortes, los hombres de la revolución han ido creando por todos los medios a su alcance esa entidad —que estiman eterna— que es la nación. Preocupados por hallar algo que oponer al soberano absoluto, en actitud polémica frente al Antiguo Régimen, los revolucionarios destacan la nación como una unidad sustancial permanente, independiente de la forma variable que le imponen regímenes políticos transitorios y hasta cierto punto accidentales.

El primitivo sustrato, relativamente homogéneo, de la cultura de Occidente, donde se cruzan las influencias grecorromanas, germánicas y cristianas, suministró la base donde los reyes pudieron erigir unidades de poder político en torno a sus personas. Esta diferenciación política fué el paso indispensable para que se produjese la lenta diferenciación de los pueblos; se van diferenciando las lenguas primitivas, y el arte y la literatura también adoptan formas peculiares. En vísperas de la Revolución los caracteres que hoy llamaríamos nacionales de los países más importantes están ya perfectamente formados y hasta estudiados; el tema les interesó mucho a los escritores del XVIII (24). Pero, y aquí está el tránsito grave, los pueblos eran diferentes y tenían conciencia de ser diferentes, pero esta realidad no ofrecía mucho más peligro que el sentimiento de ser diferentes que tienen muchos Municipios convecinos. El sentirse diferentes no implicaba necesariamente tener una actitud de cautela y desconfianza. Al fin y al cabo las guerras se debían a los intereses e iniciativa de los monarcas, y los súbditos quedaban bastante al margen de ellas, al menos espiritualmente; sabido es cómo durante las mismas contiendas a que pués fin la paz de Utrecht el comercio entre los súbditos de

---

(24) Sobre este proceso de lenta diferenciación véase el libro de H. O. ZIEGLER, *Die moderne Nation*, Tubinga, 1931.

los países beligerantes continuó sin interrupción. Sin duda, los egoísmos personales de los príncipes arrastraron muchas veces a sus pueblos a la guerra; esto podía producir una actitud de enemistad frente a los príncipes propios, como en efecto la produjo a menudo; pero no necesariamente frente a los otros pueblos. Piénsese, además, en que el proceso de unificación real dentro de cada una de las naciones ha sido lento, y aunque hoy lo vemos desde la cúspide de la unificación lograda, hace cien años las diferencias entre los grupos naturales dentro de una nación mostraban sólo una distinción de grado con respecto a las que tenían las naciones mismas.

Todo este orden de cosas quedó trastornado. Al sustancializarse la nación y afirmarse a sí misma como protagonista del drama universal en la conciencia histórica de cada nacional, no cabía seguir viendo a las otras naciones sólo como diferentes, sino que las naciones habían de afirmarse hacia fuera —en un proceso paralelo al de su unificación interior—, con un tono de inevitable polémica frente a las demás unidades históricas. Sobre la base preexistente de las diferencias entre los pueblos, la conciencia histórica creó el espíritu de los nacionalismos. Al verse la Historia retrospectivamente, asentados en la idea de unidad, todos los hechos acaecidos en un solar geográfico cualquiera desde la época glacial eran pasos, providencial o fatalmente dirigidos, para llegar a la actual unidad nacional políticamente organizada.

### III

Otra de las características de los Estados nacionales que a la caída del Antiguo Régimen se instauran en Europa, es la de tener una base representativa por antonomasia. El concepto de representación, aunque a la postre una mera técnica política instrumental, va sustancialmente ligado a la democracia nacional, por tal modo que viene a ser un elemento constitutivo de la misma. Si analizamos la trayectoria de concepto tan importante para la ciencia política moderna, veremos que es utilizado también como un poderoso instrumento para lograr a toda costa la urgente unidad nacional. Al igual que la idea de soberanía de la nación, la nueva idea de representación política aparece inicialmente como un arma de lucha frente a la monarquía absoluta; mas para conseguir su

objeto ha de concurrir a la tarea común que urgentemente tienen que emprender todos estos conceptos políticos nacionales, convergiendo en un punto, a saber: rellenar el peligroso vacío de unidad que va quedando al desmoronarse el Antiguo Régimen. Hay que luchar contra el absolutismo y defender las propias libertades: este es el designio inmediato. Para lograrlo, empero, es preciso ante todo erigir la unidad capaz de ser la sustancia sobre que se apoyan tales aspiraciones.

Harto sabido es, en efecto, que la idea de representación política que nace con la Revolución es, *toto caelo*, distinta de la preexistente. Como decíamos páginas atrás, la primera idea de la nación que prevalece entre los hombres del 89 es la individualista, directamente derivada de Rousseau. Combatiendo los antiguos órdenes privilegiados, afirman que la nación no puede estar formada por estamentos, grupos ni corporaciones con intereses propios, sino únicamente por individuos iguales entre sí, y entre los cuales no puede establecerse distinción alguna. El solo elemento constitutivo de la nación es así el hombre, la *mónada humana*, como dijo Boutmy. La idea de representación derivada de esta doctrina había de ser, por tanto, profundamente individualista. El nuevo sistema de representación había de quedar fundado sobre el ciudadano, es decir, «el hombre privado de toda inserción en el estamento o grupo y hasta de todo interés personal; el individuo como nudo miembro de la comunidad, despojado de todo lo que pudiera imprimir a su personalidad un carácter peculiar» (25). Con ello queda derrocado todo el edificio representativo del Antiguo Régimen. El ciudadano concurre a la representación no como miembro de un grupo, ni tampoco como portador de un interés particular, sino como ciudadano igual a todos los demás, en posesión de una cualidad fungible que le hace semejante a todos los demás ciudadanos. La idea se extrema hasta hacer de ella un derecho que hallará su sanción en el art. 6.º de la Declaración de Derechos del Hombre y del Ciudadano.

Pero no bastaba con fundar esta nueva base individualista para la representación, derribando la antigua; era preciso dar un paso más. Sin abandonar el punto de partida individualista, que hace del ciudadano la célula de la nación, era preciso afirmar la uni-

---

(25) CARRÉ, op. cit., pág. 950.



«dad orgánica de la nación, concepto que halla ya su expresión clara en el art. 1.º del título III de la Constitución de 1791, y que implicaba también esencialmente la idea de unidad de voluntad y de representación nacionales. De la idea de indivisibilidad de la soberanía nacional, tal como se expresa en el referido artículo, va a inferirse que el derecho a la representación no reside individual y separadamente en cada uno de los ciudadanos que componen la nación, sino indivisiblemente en la colectividad total. Sin duda, en el pensamiento de los constituyentes no deja de ser verdad que la nación sólo está constituida por individuos, y por consecuencia, no puede ser representada sin que sus miembros mismos lo sean. Pero he aquí que el nuevo matiz significa que los ciudadanos sólo son representados indirectamente y por un efecto reflejo, a consecuencia y por mediación de la nación; el hecho de que la nación, tomada en su totalidad, tenga una representación, implica la representación de los ciudadanos, en cuanto éstos forman el cuerpo nacional. Y así se va a explicar que aun los ciudadanos no electores puedan considerarse representados (26). Es decir, se salta del ciudadano, individuo carente de cualificación, al todo nacional, cuya unidad hay que constituir fuertemente. Se trata, pues, en el fondo de un expediente de unificación. Al suprimir todos los grupos intermedios, vínculos de unidad parciales, hay que afirmar a toda costa la unidad del todo. Para ello se recurre al mandato representativo, según la célebre forma de la Constitución de 1791: «Los representantes nombrados en los departamentos no serán representantes de un departamento particular, sino de la nación entera; no podrá dárseles ningún mandato» (título III, cap. I, sección 3, art. 7).

Esto era preciso, por otra parte, para que el tercer Estado pudiera justificar su sistema electoral, montado sobre la distinción entre ciudadanos activos y pasivos y la elección en dos grados, basado todo ello en un sistema de censo. Desde el punto de vista jurídico, la exclusión formulada contra parte de los ciudadanos se justifica por la idea de que el derecho a la representación, así como el electorado, corresponde no a los ciudadanos *ut singuli*, sino a la totalidad indivisible, a la nación. Puede decirse con Carré de Malberg que el sistema de representación organizado en 1791, si

---

(26) Idem, pág. 951.

era individualista en su punto de partida, era decididamente nacionalista en su punto de llegada. La nación representable se concebía como formada únicamente por individuos, pero lo representable en la nación no eran los individuos como tales, sino la universalidad de los mismos (27).

Otro poderoso instrumento de unificación va a constituirse con la temprana organización de las circunscripciones electorales. Era preciso desterrar todas las antiguas divisiones, montadas sobre una diferenciación histórica, y dibujar sobre un mapa raso unas secciones, meras partes alicuotas de la nación, que fuesen por su composición y naturaleza semejantes entre sí. En efecto, según esta primera Constitución de 1791 la elección había de hacerse por colegios departamentales, y el departamento, tal como queda configurado por las leyes de la Asamblea Constituyente, no era sino una simple circunscripción administrativa, una subdivisión geográfica del suelo nacional: no correspondía a ninguna agrupación social o política de personas, a ningún conjunto o categoría especial de intereses regionales o locales; tan cierto es esto que en su origen el departamento ni siquiera ostentaba personalidad jurídica (28). Este esfuerzo de imponer al país una división artificial estaba llamado a tener singular éxito, y con sus varias alternativas y sistemas ha llegado hasta nuestros días. Siendo paradójico observar cómo un parcelamiento de tipo electoral y fríamente numérico en sus comienzos ha ido creando razones naturales que lo justifiquen. En otro sentido es lo ocurrido con la división de España en provincias, cuya fortuna no ha de atribuirse sólo a la clarividencia de Javier de Burgos, sino en buena parte a esa virtud conformadora de lo político y administrativo que puede originar una conciencia natural de diferenciación donde sólo existía la letra artificial de unos decretos.

Pues bien, el fraccionamiento artificial de un país, tal como se hace en Francia, es, decíamos, un fuerte instrumento de unifi-

---

(27) Aceptando la teoría de CONDE de que «representar es actualizar la posibilidad de lo político» y representación es «el principio de actualización de la realidad política», cabría explicar perfectamente el proceso nacionalista de la Revolución francesa: las Asambleas actualizaron la posibilidad *nación*, le dieron existencia política; crearon la nación o al menos la actualizaron. *Representación política y régimen español*, Madrid, 1945; págs. 53 y sigs.

(28) CARRÉ, op. cit., pág. 954.

cación. Si se suprime toda clase de unidades naturales preexistentes y se crean sólo aquellas cuyo único carácter es el de ser partes de un todo, es evidente que con ello se afirma —como última unidad subsistente— la unidad de ese todo. No hay grupos intermedios: del individuo se salta a la nación. Entrambos, individuo y nación, están tan sustancialmente ligados en la metafísica política de la época que es imposible pensar al uno sin la otra y viceversa. Los principios de la Revolución francesa son por lo menos tan nacionalistas como individualistas.

A todos estos factores se va a añadir otro dentro del mismo círculo de la representación. Y es el que propiamente constituye el mandato representativo, es decir, la prohibición del cuaderno de instrucciones a los representantes. Otra vez es Sièyes quien, al refutar la defensa del mandato imperativo hecha por Petion de Villeneuve en la sesión de la Asamblea Constituyente del 7 de septiembre de 1789, señala la dirección por donde van a seguir los legisladores. Algunas bailías reclaman todavía el antiguo derecho de dar instrucciones concretas a sus representantes, y admitir esto sería ir contra el principio de la suprema unidad de la nación, suponiéndola compuesta de bailías cada una de las cuales tuviese un derecho propio de participación en la soberanía, quedando englobadas en la nación como los Estados en una Confederación. Esto no es admisible. «Se trata —dice Sièyes enardecido— nada menos que de parcelar, de rasgar a Francia en una infinidad de pequeñas democracias, que sólo posteriormente se unirían por los lazos de una Confederación general...» No; la voluntad general, que constituye la expresión de la soberanía, no puede concebirse como una suma de las voluntades particulares que emanaran de cada una de las bailías, sino que esta voluntad general misma participa de la unidad y la indivisibilidad de la nación. Una vez elegido cada diputado debe representar, pues, a toda la nación. Volvemos a encontrarnos con la ecuación que antes señalábamos: individuo-nación. El individuo elige al diputado, pero hecho esto el diputado representa a la nación (29).

Es curioso que Sièyes al rechazar el mandato imperativo se refiera expresamente a la Confederación de Estados. Es sabido que

---

(29) La intervención de Sièyes en la Asamblea, citada por CARRÉ, op. cit. do, pág. 118.

las dietas de las Confederaciones están formadas por representantes de cada Estado, que en todo momento quedan sujetos a las instrucciones de los gobiernos respectivos. También es sabido que el *Bundesrat* de la Constitución alemana de Bismarck estaba compuesto por los apoderados enviados por los distintos príncipes alemanes y por los Senados de las ciudades libres, con sus cuadernos de instrucciones, y no tenía, por tanto, el carácter de asamblea parlamentaria, sino el de reunión de plenipotenciarios. Ambos casos se estiman por la doctrina como formas deficientes de federación. En la auténtica Federación los miembros de la Cámara de los Estados no suelen precisar instrucciones de sus Gobiernos. Así lo dispone expresamente la Constitución suiza (art. 91), y en los Estados Unidos, aunque en principio los senadores votaban según las instrucciones de sus Estados, la costumbre contraria ha prevalecido hoy. La Federación como prototipo de unificación de un país por la vía constitucional cuenta, pues, con dos medios poderosos: la Cámara federal popular, montada sobre el mismo principio representativo que las Cámaras de los Estados unitarios, y la Cámara de los Estados, que, como hemos visto, acaba perdiendo su primitiva orientación para terminar montada también sobre la representación nacional. Pues bien, con respecto a estos instrumentos de unificación, Sièyes defiende el primero al propugnar el mandato representativo, y rechaza el segundo en lo que en su época tiene todavía de Dieta confederal.

Al rechazar el modelo de las Dietas Sièyes dió forma a la idea que dominaba gran parte de la Asamblea; idea decididamente unitaria, que rechazaba cualquier intento de componer la flamante República de partes autónomas, lo cual hubiera sido pecar contra el principio de la soberanía indivisible, poniendo en peligro una unidad que era absolutamente precisa para sustituir la del Antiguo Régimen. Organizados sobre la unidad preexistente —gracias a la monarquía absoluta—, Francia y los otros países unitarios de Europa pudieron quemar etapas en el camino que va de la simple alianza al Estado unitario, pasando por la Confederación y la Federación sucesivamente. Mas acaso el orden de etapas que se señala en este proceso sea erróneo, y la Federación, en lugar de ser un tránsito al Estado unitario nacional, sea, por el contrario, una superación de éste, que bien podría haberse desmenuzado en muchas parcelas nacionales, cada una de las cuales poseía sin duda en sus orígenes poderosos rasgos individuales para marcar su dife-

renciación de las demás. Al tratar de englobarlas en una sola organización federal hubo de hacerse hincapié en lo que tenían de común, pasando por encima de lo que las diferenciaba. Hubiera bastado hacer lo contrario para que la Federación se hubiese quedado en nacionalismos.

Por su parte, el problema de la representación política adquiere hoy inusitada gravedad, porque en último término en él radican las posibilidades de una auténtica y eficaz unidad entre los pueblos. Pensemos en que todas las organizaciones que han existido hasta ahora son organizaciones entre naciones, y sus Consejos son reuniones diplomáticas regidas por el sistema —opuesto a la unidad, como vimos— del mandato imperativo. Cada delegado representa exclusivamente los intereses de su país. El problema es, pues, crear una conciencia histórica en Occidente capaz de soportar sin escándalo un mandato representativo en esas asambleas que sin duda durante mucho tiempo —virtualidad admirable de ciertos términos— seguirán llamándose internacionales.

\* \* \*

Concluyendo, podríamos afirmar que la nación ha sido al propio tiempo un fenómeno histórico de integración hacia dentro y de disgregación hacia fuera. Son las dos caras de un mismo proceso: se trataba de crear una integración hacia dentro erigiendo una fisonomía peculiar que diferenciara de las otras entidades análogas del exterior.

La integración se apoyó principalmente en el dogma de la soberanía nacional y en el sistema del mandato representativo. La diferenciación, en la conciencia histórica nacional y en el ejército de ciudadanos, con la consiguiente *nacionalización* de la guerra y la valoración mítica de las llamadas guerras de independencia.

Finalizado el proceso de integración interior y conseguida la unidad política interna, la propia índole polémica de los medios utilizados llevó a que quedara sólo el aspecto diferenciador, surgiendo entonces todas las especies patológicas del nacionalismo (chauvinismo, imperialismo, etc.). El nacionalismo llega así a su destrucción por el simple despliegue de sus principios inmanentes. El sistema de división en naciones, en su forma moderna, parece por su propia exasperación.

El proceso puede repetirse en el futuro, pero en círculos más amplios. Así, es posible pensar en un ámbito de integración cultural e histórica nuevo, como, por ejemplo, el Occidente o Europa. Bien entendida que tal integración lleva también consigo los dos momentos anteriores: montar la unidad propia en instrumentos tales como la soberanía y el mandato representativo (correspondiente a una unidad que se trata de lograr) y esgrimir tal unidad frente a otra u otras exteriores.

F. MURILLO FERROL